

tante en que la orquesta daba la señal de la primera contradanza.

Franqueó el peristilo adornado de flores y entró en el palacio.

Cuando hubo cerrado tras sí la puerta de su habitación, desapareció como por encanto la calma que antes espresaba su rostro. Arqueáronse sus cejas; varias arrugas surcaron su frente. Un fuego sombrío brilló en su mirada. Su garganta oprimida exhaló un gemido.

Dejóse caer sobre un divan como si sus piernas no hubiesen tenido fuerzas para sostenerle.

Hubiérais dicho que era un paciente que acababa de sufrir una larga é intolerable tortura.

Cuando retiró de su pecho la mano, la tela de la camisa, al tocar la carne de su seno, se tiñó de una mancha de sangre.

XX.

EL RETRETE.

Hay naturalezas escéntricas y vigorosas que se complacen con el dolor y prodigan con gusto y sin objeto el esfuerzo de un heroísmo inútil. Dad á estos Hércules el sostener un mundo y lo intentarán; tal vez lo consigan. Lanzadlos en medio de la vida comun, y se dormirán en esa ociosidad perezosa compañera inseparable del vigor que siente y no ve trabajos dignos de ella.

Pero que surja la ocasion, la sombra de la ocasion, y estenderán los músculos de su cuerpo ó los resortes de su alma; los vereis saltar al ataque ó permanecer firmes á la defensa como esas grandes

rocas que desgarran el barreno, pero que no puede romper.

Si la ocasion no llega, se cansarán en batallas imaginarias; gastarán en doblegar una caña la fuerza que hubieran necesitado para arrancar una encina.

Montalt era uno de esos corazones robustos y fogosos que se dejan adormecer por la indolencia. No sabia en qué empleaba su vida; si alguna vez despertaba era para cansarse en luchas vanas.

Acababa de sostener el combate mas poderoso que hubiese empeñado nunca. Durante esas largas horas se habia visto obligado á permanecer frio, tranquilo, risueño, con el infierno en el corazon.

Pero ¿por qué ese esfuerzo gigantesco? ¿Era una apuesta loca hecha consigo mismo? ¿Y de qué provenia ese sufrimiento?

¿Tenia tanto interés en saber esas aventuras referidas por Roberto, que pudiera recompensar su martirio?

A esta pregunta tal vez él mismo no hubiera respondido, porque en su corazon todo era tinieblas y duda.

Sin embargo, al analizar esa estraña tendencia de que acabamos de hablar, preciso era que hubiese alguna cosa real tras el exagerado trabajo de esa lucha. El sufrimiento era indudablemente verdadero. Bastaba para convencerse mirar las alteradas facciones de Montalt y aquella mano que salia de su pecho, tinto en sangre.

Habia semejanzas estrañas, relaciones llenas de recuerdos, en que la imaginacion se abisma de improviso, y que hacen renacer la angustia mortal de muchos años...

Montalt, que pasaba su vida en un sofisma perpetuo, renegaba de lo que amaba, ensalzando lo que despreciaba.

Montalt, el encarnizado mofador de la virtud del honor, del amor, debia tener en el alma una herida envenenada.

El frio escepticismo juraba por su boca, en que no se hubieran adivinado mas que palabras generosas y caballerescas. Se mentia á sí mismo, ó bien proseguia la venganza insensata de los corazones pervertidos...

Todo en él parecia provenir de una reaccion funesta y llevada hasta sus mas extremas consecuencias. Ese hombre habia debido adorar apasionadamente todo lo que ahora escarnecia.

Habia un odio pueril en apariencia, y que con frecuencia nos ha hecho sonreir; queremos hablar de su aversion á la Bretaña. Tal vez en ese mismo sentimiento se hubiese encontrado el origen del interés tan grande que le causaba la narracion de Roberto.... Decimos tal vez porque con esas naturalezas excepcionales es preciso desconfiar de las inducciones, y si Montalt tenia un secreto no lo habia confiado á nadie.

Hacia un cuarto de hora que habia salido del

baile. En ese tiempo habia permanecido inmóvil y como anonadado.

Tenia estendidos los brazos, y su hermosa cabeza, apoyada en los cojines del divan, espresaba la amargura mas desesperada.

Levantóse al cabo de algunos minutos y pasó el dorso de la mano por la frente, bañada de un sudor frio.

—No, murmuró, no quiero tener piedad..... Quiero sonreir..... como antes..... ¿debe acaso oprimirse el corazon al pensar que pueden ser desgraciados, que la mano de Dios ha podido caer sobre ellos? Que sufran.... ¡que mueran!

Y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh! exclamó exhalando un gemido. ¡No hace muchos años que los aborrezcol..... tanto mejor, ¡tanto mejor si me venga la calamidad!

Y se levantó bruscamente, poniéndose á recorrer la estancia á grandes pasos.

—Y luego.... prosiguió echando á la espalda los bucles de su cabellera, que se pegaban á su húmeda frente.... ¿qué me importa? ¿Conozco yo á esas gentes? ¿debo acaso volverme loco porque tres ó cuatro miserables han robado y sumido en la miseria á un caballero de Bretaña?

Una sonrisa contrajo sus lábios.

—He sufrido como si se hubiera tratado de alguna cosa importante. ¡Tal vez haya bebido mucho! Prefiero creer que tenia los nervios algo excitados, y que he padecido una fiebre á fuerza de

escuchar á ese bribon, que me contaba sus proezas contra una mujer.

¡Por el nombre de Dios! se interrumpió, conteniendo su voz, ¡creo que me hubiera curado si le hubiera aplastado con el pié cual á una vívora!

A sus lábios asomó una amarga sonrisa y retardó su paso.

—¿Y por qué? continuó respondiéndose á sí mismo; ¿qué me ha hecho ese hombre?.... ¿Es un crimen vencer á fuerza de engaños á la mujer pérfida? ¿Pero qué me importa todo eso? ¿Por qué se abraza mi cabeza? ¿Por qué se me desgarrá el corazon en el pecho?.....

Estraviáronse sus miradas; de nuevo se dejó caer en el divan.

—Dios mio.... dijo despues de un largo silencio, durante el cual su fisonomía, cambiando poco á poco, espresó una meditacion dulce y melancólica. ¡Pobre Bretaña!.... ¡pobre iglesia en que oraba desde el fondo de mi corazon! ¡Pobre niña que talvez amaba, y que abandoné por una sombra de extravagante heroismo! ¡Cuántos y cuán queridos recuerdos!

El resto no es mas que un sueño penoso. ¿Qué hubo despues de esos años de felicidad?.... veinte años de esfuerzos terribles, de luchas emprendidas para aturdirme, para olvidar..... el juego terrible de las batallas, del oro conquistado, un placer, una vida perdida!....

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡Y en Bretaña tanta felicidad!... murmuró; ¿no tenia el otro razon para defender su tesoro? ¡Dios mio! ¡Dios mio! replicó estremeciéndose; ¿sé á donde va mi pensamiento?... ¡si fuera cierto! ¡si mi sufrimiento tuviera un eco en el fondo de su corazon! ¡A mis quejas ha respondido el silencio! ¿pero las oia ella?

—¡Oh! la historia de ese hombre!

Deslizóse su mano en el seno y sacó aquella caja de sándalo cuya cubierta estaba llena de brillantes. La contempló en silencio por algunos segundos y se humedecieron sus ojos.

Pero en el momento en que iba á abrirla se fruncieron sus cejas y la ocultó en el seno con un gesto lleno de ira.

Se levantó otra vez enfurecido consigo mismo.

—¡Locural locural exclamó; ¿qué resta de un sueño? Soy Berry Montalt, el hombre que no tiene ni penas ni esperanzas! ¡Tengo un velo sobre mi pasado! No creo en el porvenir. Era jóven soberbio.

El espejo le devolvió el desafío que estaba pintado en su rostro.

Llamó.

Seid mostró su negro rostro á la puerta del gabinete.

—Mi opio, dijo Montalt, y desnúdame.

Muchas noches hacia que el nabab llamaba el rebelde sueño de esa manera.

Mientras que Seid preparaba el brevaje, llamaron suavemente á la puerta exterior.

Montalt hizo seña de que abrieran.

Era Mr. Smith, vestido de negro como conviene á un hombre decente que sabe vivir.

Montalt le recibió con el vaso en la mano.

—Perdon, milor, dijo Mr. Smith, á quien su empleo no impedia guardar siempre una gravedad puritana; vuestra señoría me ha parecido esta noche muy ocupado con asuntos importantes y no me he atrevido á llamar su atencion.... Sin embargo, tenia que darle una buena noticia.

—¿Cuál? preguntó Montalt bebiendo un trago.

—Nuestros dos inconquistables se han decidido al fin, replicó Mr. Smith.

—¿Enrique y Roger?

—No señor, contestó Mr. Smith. Quiero hablar de las dos encantadoras niñas que perseguimos hace tiempo.

—¡Mis dos sombreritos de paja! exclamó el nabab; ¿consienten al fin en oiros?

—Mas que eso.

—¿Han prometido venir?

—Han venido.

—¿Solás?

—Conducidas por una honorable señora amiga mia, Mad. Cocarde.

Montalt tenia el vaso á la altura de los labios.

—¡No hay una sola! murmuró; ¡todas, todas por un puñado de oro!

Y apuró de una vez el resto del brevaje.

—¡Pardiez! dijo dirigiéndose á la puerta por donde habia entrado Seid; voy á dormir perfectamente

Poco mas de las nueve de la noche eran cuando Mad. Cocarde y sus dos protegidas bajaron del carruaje en una de las desiertas calles que entonces costeaban los Campos Elíseos entre la avenida de Marigny y los terrenos de Beaujou.

Atravesaron una corta calle unida á las accesorias de una casa de gran apariencia que parecia iluminada como para una fiesta.

Diana y Elena, trémulas, se dejaban conducir por Mad. Cocarde, que por el contrario, marchaba con el mayor desembarazo y parecia conocer perfectamente el terreno.

Las dos jóvenes no llevaban ya el traje con que las hemos visto hace poco tiempo en su humilde cuartito.

Por una especie de piadoso instinto en el momento de afrontar el peligro supremo, se habian vuelto á poner sus trajes bretones, las cofias de morbihaneas, el corto pañuelo al cuello y el corto jubon de lana rayado.

Mad. Cocarde llevaba un sombrero lleno de plumas ajadas y un pañuelo de Ternaux de superior calidad.

Llamó y acudió á abrir un criado; luego llegó un caballero de traje negro que acogió á Mad. Cocarde con la mayor amabilidad.

—Servidora vuestra, Mr. Smith, dijo la principal inquilina: apostaria á que no me esperábais á estas horas.

—Siempre es ocasion, hermosa dama.... contestó Mr. Smith.

—¡Bien, muy bien! replicó Mad. Cocarde.... me he dado alguna prisa, y he aquí los dos angelitos que pretenden algo.... Entremos.

Mr. Smith se llevó el lente á los ojos y dirigió á las dos jóvenes una mirada inteligente.

—¡Oh, oh! hizo modulando á pesar suyo los tonos cromáticos de la interjeccion inglesa.... *¡Very pretty maids by God!*

Luego añadió en voz baja:

—¿Son ellas?

Mad. Cocarde guiñó un ojo, contestando:

—En cuerpo y alma.

Mr. Smith saludó y pasó adelante. Subieron una pequeña escalera, cuyos peldaños desaparecian bajo la lana de una alfombra, y Mr. Smith, que enseñaba el camino, no tardó en abrir una puerta del piso principal.

Saludó de nuevo.

—Tomaos la molestia de entrar, dijo, indicando la puerta abierta.

Diana y Elena dudaron.

—¡Vamos, perlas mias!.... exclamó Mme. Cocarde.... se trata de vosotras.... yo soy ya muy vieja, añadió con un suspiro, para entrar ahí dentro.... van á servirnos de cenar.

—Ya está hecho, dijo Mr. Smith.

—Entonces, buen apetito, niñas mías... dijo Mme. Cocarde, que empujó á sus dos protegidas hácia la estancia, y cerró la puerta tras ellas.

Mr. Smith sacó de su bolsillo una cartera de que tomó dos ó tres papeles muy finos, que depositó en la mano presentada por Mme. Cocarde.

Esta hizo una reverencia y desapareció.

Elena y Diana permanecían inmóviles cerca de la puerta cerrada. No se atrevían á levantar del suelo los ojos por temor de ver delante de sí el objeto de su vago terror.

Sin duda algun hombre; pero ese hombre de proporciones fantásticas, ese mónstruo que sueña el terror de las jóvenes.

Elena fué la primera que se atrevió á levantar sus miradas, muy lenta y tímidamente por cierto. Vió una habitacion de mediana magnitud, suavemente alumbrada por dos lámparas de cristal de color, y tapizada de terciopelo sombrío desde el suelo hasta el techo, en que se distinguían algunos frescos.

Los muebles eran como todos los del palacio de la primera época del reinado de Luis XV, verdaderas alhajas que se debían haber pagado á precio fabuloso. En una puerta, levantando la fina museлина de las Indias, mostraba un arpa su elegante curva.

Donde no habia oro brillaban el esmalte y los

embutidos, formando guirnaldas de flores de palo de rosa.

Era imposible imaginar un retrete mas delicioso.

Y la mano que lo habia adornado no se habia entregado en él á ningun capricho. Los recuerdos de Asia cesaban y no iban á contrariar, como en el resto del palacio, el estilo florido de nuestro siglo diez y ocho.

Se trataba de amor y se habia optado entre Asia, muy avanzada en voluptuosidad, y la Francia de Luis XV. Habíase escogido la Francia de Luis XV, lo que seguramente era para ella un gran honor.

Elena, cuyos párpados se iban levantando á medias, lanzó un grito de alegría, no sin duda al observar todas estas maravillas, sino al aspecto de un velador de piés de bronce cuyo tablero incrustado sostenia una cena soberbia. El apetito de Elena aumentó, no pudiendo menos de asomar á sus lábios una sonrisa.

Pero bajó los ojos, porque esa primera mirada no habia reconocido toda la estancia, y la pobre niña conservaba una buena dosis de terror.

Diana, inmóvil y pálida, tenia el aspecto de una víctima que espera.

Sus ideas eran otras y mas graves que las de su hermana; tal vez adivinaba mejor la naturaleza del peligro y la estension del sacrificio....

Los párpados de Elena se abrieron segunda vez

y se dilataron sus narices para aspirar el aromático olor que le enviaba la cena.

—¡Diana!... dijo en voz baja.

Y como su hermana no contestase, le sacudió suavemente el brazo.

—¡Ven!... dijo; no hay nadie.

Las largas pestañas de Diana se levantaron, y su triste mirada recorrió la habitación.

Su oprimido pecho exhaló un suspiro.

—¡Nadie!... repitió... pero van á venir....

Elena atravesó la estancia de puntillas y como si hubiese temido despertar á Barba azul dormido.

Sobre la mesa habia unos panecitos tiernos, dorados, apetecibles. La pobre niña adelantó la mano, la retiró, y despues la avanzó de nuevo.

¿Seria veneno?

Tomó un panecito y lo acercó á sus labios, que estaban muy pálidos.

Dudó aún.

¡Pero qué buenos y sabrosos parecían!... ¡Cómo cedían, sonando á la presion de los dedos de Elena, que no habia comido hacia dos dias!

Abriósele la boca; sus blancos y finos dientes atacaron la dorada corteza... y el panecito desapareció como por encanto.

Tomó otros dos y se dirigió á su hermana saltando.

—¡Toma, Diana! dijo, presentándole la mitad de su presa; te aseguro que nada tienen dentro.

Diana, que no habia dejado escapar una queja,

estaba aún mas estenuada que su hermana, y tal vez sufría mas hambre, porque el último bocado habia sido para Elena.

Dirigió al pan una mirada de deseo y temor.

Despues se abrió su mano.

Comió.

—¿Qué te parecen esas viandas? dijo Elena. No las habiamos visto desde Penhoel. Si las probáramos...

Diana no respondió.

Elena hizo por segunda vez el viaje y puso en su plato dos pechugas de faisán; pero al volver se detuvo en la mitad del camino.

—Pienso, dijo, que estamos aquí muy mall ¿Por qué no nos hemos de sentar á la mesa?

Ya no estaba tan pálida, y su angelical sonrisa vagaba por sus labios.

Diana no se movió.

—¡Ven! replicó Elena: te digo que estaremos mejor junto á la mesa; estos manjares son para nosotras.

Estas últimas palabras parecieron producir una penosa impresion en Diana, que se estremeció, levantando los ojos al cielo.

Pero Elena, repuesta ya de su temor, la tomó de un brazo, llevándola á pesar suyo hácia la mesa.

—Voy á servir yo, dijo haciendo rodar dos sillones sobre la alfombra. Ordenad, señorita, y sereis servida.

Un momento despues estaban sentadas las dos

una al lado de otra y delante de los platos. En los vasos habia vino, y el faisán habia sufrido un ataque estremadamente notable.

Diana habia resistido; pero ante aquella tentacion de una mesa servida, habia vencido el hambre.

Además, en eso no habia peligro; ¿la prudencia no aconsejaba al contrario, que se tomaran fuerzas para defenderse contra el peligro desconocido?

Durante los primeros instantes estaban las dos jóvenes sentadas en el extremo de sus sillas: al menor ruido que fuera se dejaba oír, temblaban de la cabeza á los piés, dejando escapar cuchillos y tenedores.

Pero nadie entraba. Sentáronse mas cómodamente en sus blandos sillones. Los vasos se vaciaron dos ó tres veces. No se puede decir que se calmó el temor, pero sí que al menos fué olvidado en parte.

Los ojos de Elena comenzaron á brillar; su sonrisa era mucho mas franca. La sombría frente de Diana iba poco á poco perdiendo sus nubes.

Eran dos niñas; pero las recientes luchas en que las habia lanzado su entusiasta cariño les habian enseñado la temeridad.

Eran mujeres por su profunda sensibilidad así como por su pudor; pero por lo demás las hubiéseis encontrado mas audaces que cualquier paje.

¡Habian conservado con tanta fuerza su viva alegría al desafiar la muerte!

Allí el peligro era otro y las asustaba tanto mas

cuanto que su ignorancia no sabia definirlo; pero esa misma ignorancia dejaba á su romántica imaginacion el ocio de imaginar cosas imposibles y de formarse multitud de esperanzas.

Y además, el peligro se alejaba, abriendo campo libre á su audacia.

Conocía que se iban haciendo algo valientes. La alegría de Elena se iba apoderando de Diana, cuya frente se erguia ahora alta y orgullosa.

Comian unos pasteles.

Elena servia de todos los platos, de todos; su tenaz hambre no queria ceder.

Los vasos se vaciaban con facilidad. Lo que habia de terrible en su posicion desaparecia á sus ojos. Se reian con la mayor confianza. Hubiérais dicho que eran dos niñas haciendo locuras durante la ausencia de la familia, y que no tenian que temer otra cosa mas que la vuelta de su madre.

El pobre soldado breton que hacia centinela en la verja del Eliseo hubiera dudado mucho antes de reconocer en ellas á las dos jóvenes abatidas por el hambre y transidas de frio, cuya angustia habia movido su buen corazon al principio de aquella noche.

Sus mejillas estaban vivamente coloreadas.

Estaban encantadoras.

Diana rechazó su sillón.

—No siempre nos han de privar de comer bien, dijo Elena; Dios mio, ¡tenia tanta hambre!...

—Y yo.

—Y lo callabas, ¡pobre hermana mía! Siempre soy yo la que me quejo.

Diana la rodeó con sus brazos, besándola en la frente. Luego se recostó en el respaldo del sillón.

Su risueña mirada recorrió la estancia.

—¡Qué hermoso es esto! murmuró.

—¡Oh! dijo Elena, la habitación de Lola, que tanto admirábamos en Penhoel, no valía nada comparada con esta.

—¡He aquí el París que nosotros habíamos adivinado! prosiguió Diana, cuyos bellos ojos negros se velaron estasiados. ¿Te acuerdas de lo que decían nuestros libros, hermana mía? ¿y de lo que decíamos en nuestros largos paseos por las orillas del río? ¡Veríamos riquezas semejantes y otros muchos encantos! ¡Parecíamos ya que estábamos en medio de todas estas maravillas, sentadas en un salón adornado de terciopelo y oro como este, ó medio echadas sobre el césped cubierto de flores y de luz!

—¡Lo recuerdo!

—¡Qué locas éramos! era que perdíamos el juicio.... yo veía entonces como veo ahora.

—También yo.

—Parecíame que nuestros pobres vestidos caían á pedazos, y que teníamos magníficos trajes de seda, perlas en los cabellos, diamantes en el cuello, encajes en las espaldas. ¡Cuán bella te veía, Elena mía!

—¡Y qué hermosa me parecías tú, Diana!

—Y con esos brillantes trajes atravesábamos los

deslumbrantes salones. ¿Lo recuerdas? Al final venía siempre un buen génio, ¡y qué dulce era su sonrisa! que nos decía: Hijas mías, todo esto es vuestro; he aquí el oro para salvar á Penhoel; os doy á elegir; quedaos aquí ó volved á Bretaña.

—Y nosotras respondíamos al momento, exclamó Elena: ¡gracias, gracias, génio del bien! ¡queremos volver á ver á los que amamos!

Estaban agarradas de la mano y se cruzaban sus miradas.

—Quién sabe, prosiguió Elena bajando la voz; tal vez venga pronto el buen génio.

Diana movió la cabeza gravemente.

—Pobre hermanita mía, dijo, hablas como pudieras hacerlo una niña; no hay buenos génios.

—¡Oh, si viniese! exclamó Elena siguiendo su idea; preciso será librar al Angel.

—¡Desde esta noche! añadió Diana.

—Poner á Penhoel y á la Señora en una buena casa.

—Con nuestro padre.

—Luego correr, correr mucho, hasta Penhoel, para recobrar el castillo.

—Tendremos tiempo, dijo Diana.

—¡Y qué felices serán!

—¡Cómo se sonreirá el Angel al vernos!

—¡Y la Señora!

—Y todos, todos; ¡ah! es demasiada felicidad.

Elena se levantó dando palmadas. Se echó al

cuello de Diana con un movimiento de entusiasmo, y las dos permanecieron abrazadas.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas de placer.

En ese momento llegó hasta sus oídos el eco de una música suave y lejana.

Separáronse para escuchar. Era un vals lento, gracioso, melodioso, que causaba una dulzura indefinible.

—¿Qué es eso? dijo Elena.

Diana tenía la cabeza inclinada; escuchaba con placer.

Las pobres niñas no bebían ordinariamente más que agua; las pocas gotas de vino que habían tomado exaltaban sus vivas y ardientes cabezas.

Elena no podía explicarse el motivo que las había conducido allí. Se lanzó hacia la puerta de salida con objeto únicamente de oír desde más cerca aquella música deliciosa.

La puerta estaba cerrada.

Al extremo opuesto de la habitación había otra. Elena corrió á ella á su vez. Tan pronto como las puertas giraron sobre sus goznes lanzaron las dos hermanas un grito de sorpresa; una deslumbrante luz alumbraba el retrete.

Enfrente de la ventana, detrás de las ramas despojadas de un árbol, estaba suspendida una espléndida girándula.

Elena se lanzó á la habitación con los brazos tendidos y entreabierta la boca; luego se detuvo muda de admiración.

La música se dejaba oír entonces mucho más próxima.

Elena dió algunos pasos más con objeto de ver; púsose á la ventana, dirigiendo hacia fuera una mirada.

—¡Oh hermana mía, hermana mía!.... dijo poniéndose la mano en los ojos deslumbrados.... este es el jardín de nuestro sueño. Estamos en el jardín de las hadas.

En efecto, desde la ventana presentaba el jardín un aspecto magnífico.

Detrás de la girándula, cuyos cristales movidos ocultaban hasta cierto punto la ventana, se dibujaba una doble línea de fuego.

Esa parte del jardín, que correspondía al ala izquierda del palacio, estaba desierta; pero las miradas, dirigiéndose á la derecha, descubrían á través de las hojas de una cortina de tilos la iluminación de los parterres y las alfombras de césped, donde ya comenzaba el baile.

Los juegos de aguas reflejaban el brillo de las mil luces colocadas á lo largo de las calles, marcando los arcos de follaje y las grutas iluminadas: todo cuanto podía abarcar la vista no era otra cosa que fuego y guirnaldas de flores.

Diana y Elena apoyaban los codos en la ventana, fijando en ese pintoresco paisaje sus ojos asombrados.

Su imaginación estaba aun más deslumbrada que sus ojos. Las suaves y olorosas emanaciones que

subian del jardín hasta ellas las tenían en una especie de embriaguez.

Nunca habían visto, ni aun en sus sueños de niñas, nada que pudiera compararse á esos encantados esplendores.

Cuando terminaron las danzas se dirigieron algunas parejas hácia esa parte del jardín, que hasta entonces había permanecido desierta.

Diana y Elena abandonaron la ventana para que no pudieran ser vistas.

Este movimiento las obligó á examinar la habitación en que estaban.

Ningun nuevo milagro había en ella, y sin embargo, las dos jóvenes debieron admirarse mas aún.

Era una pieza bastante grande con dos puertas, de las que una comunicaba con el retrete y la otra estaba cerrada con llave. Algunas modestas sillas formaban todo el mueblaje con tres ó cuatro armarios.

Pero en esos armarios y en los huecos que entre ellos había, colgaba una multitud de toda clase de trajes de una riqueza estremada. Todos los países estaban representados allí; lo mismo sucedía á todas las épocas; bien podía vestirse allí cualquiera segun su capricho, turco ó turca, brahma ó desvedaskée, castellana de la edad media, dama del tiempo de Luis XIII, marquesa de Pompadour ó diosa de la Razon, porque los trajes femeninos estaban en mayoría, y entre los del otro sexo, el mayor número por su tamaño y corte, parecía destina-

do también á mujeres; había preciosos uniformes, sables pequeñitos, dominós de todas clases y colores, y caretas de todas formas. Había también levitas y pantalones de varias hechuras y excesivamente anchos, como los que llevan nuestras Amazonas en los días de carnaval.

Era un verdadero almacén.

Además, el palacio Montalt poseía un teatro, y cada vez que daba baile el nabab, Nehemías Jones, el mayordomo, hacía ejecutar un baile en él.

Esta estancia, que comunicaba por una corta galería con la habitación de Mirza, tenía el destino de almacén, donde se echaban al día siguiente de un gran baile, todos los trajes que habían sufrido algun deterioro.

Diana y Elena eran mujeres.

La vista de ese tesoro de variedades, de esos preciosos adornos, de esos finos bordados, de esos encajes, les interesaba tan vivamente como el maravilloso jardín.

Tocaban la rica seda, el suave terciopelo, y luego miraban suspirando la grosera tela de sus trajes de lana.

Sobre todo había dos trajes que excitaban su admiración.

Sin duda debían haber sido preparados para la fiesta de aquella noche, porque estaban colocados sobre dos sillas y parecían esperar la mano de la doncella.

Eran dos trajes completos de bayaderas, el pan-

talon ancho de muselina bordada de oro, la túnica corta, la chaquetilla, la diadema de perlas y el rico cinturón de gasa.

Las miradas de Elena iban de esos trajes á la ventana, descubriendo sencillamente la idea que acababa de surgir en su imaginación.

Bajo la ventana se oían voces.

—Entremos, hermana mia, dijo Diana.

—¡Qué hermoso es el baile!... replicó Elena suspirando.

Volvióse hácia la ventana y se inclinó para dirigir la última mirada.

Bajo la girándula se habia detenido una mujer sola.

Enjugaba el sudor de su frente.

En el momento en que la mirada de Elena se fijaba en ella, se quitaba la careta aquella mujer, acabada de salir del baile.

Elena ahogó un grito y atrajo hácia sí á su hermana.

El rostro de la dama estaba alumbrado por la girándula.

—¡Miral! murmuró Elena.

—¡Lola! dijo Diana en voz baja.

A su vez se dirigieron sus miradas á los trajes tendidos sobre las sillas.

—No puede estar sola en el baile, dijo Elena, cuyos ojos brillaban de audacia y de desden; si pudiéramos entrar, tal vez supiéramos muchas cosas!

—¡Nuestra pobre Blanca! dijo en alta voz Diana, cuya mirada era meditabunda.

—¡Si la hubiera llevado ella! murmuró Elena.

Diana no respondió; pero su frente, mas pensativa, se inclinó sobre el pecho.

—Y luego, prosiguió Elena bajando la voz involuntariamente, quién sabe si encontraríamos sus huellas.

Y como Diana continuara guardando silencio, añadió:

—Hablo de Enrique y Roger.

Las miradas de Diana se fijaron de nuevo en los trajes, que parecían estar hechos precisamente para las dos jóvenes.

—¡Es imposible! murmuró moviendo la cabeza.

—¿Por qué? exclamó Elena, que dió en el suelo una patada de impaciencia; estamos solas, nadie nos ve. La ventana está baja y tenemos por escala las ramas del árbol.

Tomó á su hermana suavemente de la mano y la llevó hácia los trajes.

En seguida quitó á Diana su cofia, adornando sus hermosos cabellos con la diadema de perlas.

—¡Si supieras qué bella estás! dijo.

Diana se sonrió tristemente.

—¡Locuela! murmuró; quieres tentarme....

—¡Oh! exclamó Elena; eso sería mas bien á mí.

Pero si tú cedes, será únicamente por el Angel.

Y le sujetó la diadema de perlas.

—Escucha, prosiguió con tono sério; tengo un

presentimiento de que hemos de encontrar aquí noticias de los que amamos, y ya sabes que nunca me engañan mis presentimientos. Y si hemos venido hasta aquí, ¿ha sido para huir del peligro?

Al hablar así quitaba el corpiño á Diana, que no se oponía.

El traje de lana cayó al suelo y fué reemplazado por el pantalon ancho de muselina, por la túnica de paño de oro y por la chaquetilla.

Elena saltó de alegría.

—¡Voy á ponerme así! exclamó reemplazando con unas babuchas orientales el calzado de su hermana. Diana, sírveme tú de doncella.

El segundo tocado fué mucho mas corto que el primero. Elena no oponía la menor resistencia.

Cuando estuvo vestida de piés á cabeza, se miró ruborizada de placer.

—¡Si ellos nos vieran! murmuró.

Luego tomó dos caretas de terciopelo, una para su hermana y otra para ella.

No quedaban por poner mas que los cinturones.

El que Elena escogió era verde. Diana tomó uno encarnado con franjas de oro.

En el jardín había vuelto á comenzar el baile. Debajo de la ventana no había ya nadie.

Elena rodeó con los brazos el cuello de su hermana.

Estaba pálida y su corazón latía con fuerza; pero era tanto de placer como de temor.

—¡Una, dos, tres! dijo acompañando las palabras con las manos para dar la señal.

Al tercer golpe saltó ligera como un ave sobre el alféizar de la ventana: un momento despues caía de pié debajo del árbol, y recibía en sus brazos á Diana, que temblaba.

XXX

LA MIRADA DE UNA MUJER



El retrato en que Elena y Diana habían hecho una cosa sencilla á costa del enemigo, era la gran atracción para las bellas damas sabidosas por el oro de Mr. Smith acostumbraban esperar á que él viniera, y ciertamente que no había tanta necesidad de oro para reducir al estado de pobreza á los que se dignaban.

Al salir de su habitación se dirigió al momento al retrato, fuera del cual esperaban los dos señores.